

VIEJOS Y NUEVOS USOS DE LA ARQUITECTURA INDUSTRIAL VERNÁCULA. PATRIMONIALIZACIÓN Y TURISMO EN SANTA ANA LA REAL (HUELVA)

JAVIER HERNÁNDEZ RAMÍREZ
Universidad de Sevilla. España

La activación patrimonial de un oficio perdido

La arquitectura industrial vernácula constituye una valiosa herencia del pasado que resalta la tradición laboral y la singularidad histórica de determinadas poblaciones. Sin embargo, ante el acelerado proceso de transformación vivido en nuestra sociedad, muchos de los testimonios de la pasada actividad industrial aparecen como estructuras obsoletas condenadas a su desaparición, al ser considerados por muchos como residuos desechables por su pérdida de funcionalidad y obstáculos al desarrollo de otras actividades económicas. Esta generalizada visión desarrollista se ha traducido en el abandono y desaparición de las factorías, que constituyen la huella material de la actividad, y en el olvido de los conocimientos técnicos acumulados históricamente por trabajadores y artesanos.

Afortunadamente, en las últimas décadas se asiste al despegue de una conciencia patrimonialista que se materializa en organizaciones civiles, las cuales demandan a las entidades públicas la recuperación de la memoria histórica y la puesta en valor de los testimonios materiales e inmateriales considerados más significativos de localidades concretas. La atracción por el pasado que impulsa al movimiento patrimonialista es un fenómeno contemporáneo muy extendido socialmente, que se manifiesta a través de la patrimonialización selectiva de bienes que se perciben amenazados y a los que se atribuye el carácter de símbolos de la historia colectiva y de la identidad local (Hernández, J. 2003).

El fenómeno anteriormente esbozado se está viviendo muy intensamente en Santa Ana la Real, pequeña localidad de 494 habitantes situada en el

Parque Natural de Aracena y Picos de Aroche (Huelva), donde la crisis de la producción artesanal de cal viva (óxido de calcio, CaO) y de morteros a finales de los sesenta del siglo XX supuso el abandono de los hornos y el olvido de los saberes que los artesanos caleros habían transmitido de generación en generación durante siglos. Como resultado de la desaparición del oficio, en pocos años los hornos quedaron en un lamentable estado y muchos de ellos fueron transformados en pequeños almacenes, cobertizos y cuadras, para lo que se ejecutaron reformas que desnaturalizaban la estructura original y, a veces, la ocultaban totalmente. Estas intervenciones no encontraron objeción alguna entre la población y sus autoridades por cuanto no existía conciencia del valor patrimonial de los hornos, los cuales incluso eran desechados por encarnar las huellas de una dura actividad y de un pasado reciente colmado de penalidades y carencias que no merecía la pena recordarse.

En este estado de cosas, las instalaciones y la propia memoria de la actividad se encontraban seriamente amenazadas hasta que en 1999 una entidad local patrimonialista, la Asociación Cultural Valle de Santa Ana, impulsó el proceso de patrimonialización de los hornos de cal por considerarlos depositarios de una actividad laboral que singularizaba al municipio en su entorno comarcal. La iniciativa ha desencadenado dos dinámicas concretas que son interdependientes y que han supuesto un cambio radical de tendencia: de un lado, el reconocimiento institucional por parte de la Junta de Andalucía de los bienes y su inscripción en el Catálogo General del Patrimonio Histórico de Andalucía; y de otro, la revalorización social de este patrimonio en la localidad, el cual ya no se concibe como una rémora

del pasado, sino como un símbolo vecinal que contribuye a reforzar la autoestima e identidad local y a proyectar su futuro¹. Este doble reconocimiento (institucional y popular) se está traduciendo en un cambio del significado de los bienes, los cuales pasan a ser valorados socialmente como un recurso para el futuro frente a su anterior concepción que los relegaba a inútiles testimonios del pasado.

En las siguientes páginas se describirán los viejos usos de esta arquitectura industrial vernácula, es decir, las características tipológicas de las instalaciones y los procesos de trabajo, así como los nuevos usos que surgen tras el reconocimiento de los hornos como patrimonio local. La conclusión a la que se llega tras analizar el caso específico es que la protección del patrimonio industrial, lejos de ser una onerosa carga para las arcas públicas, representa una oportunidad para la dinamización económica local, así como una vía para recuperar la memoria histórica y robustecer el sentimiento local entre los vecinos de hoy y de las futuras generaciones.

Tiempo de hornadas

La elaboración de cal viva y morteros en Santa Ana la Real suponía la aplicación de una serie de técnicas artesanales que entroncaban con una tradición milenaria extendida por todo el arco mediterráneo. Desde sus orígenes en tiempos remotos, se transmitieron por toda esta amplia área cultural los conocimientos de un oficio, cuyas técnicas esenciales han continuado sin grandes modificaciones hasta principios de los años sesenta del siglo XX en los que prácticamente desaparece ante la generalización del uso del cemento.

La técnica de cocción de la roca caliza tiene sus orígenes en el Neolítico y durante la Antigüedad la cal era muy utilizada para la fabricación de estucos, revoques pintados y enlucidos de cisternas, especialmente en Grecia. No obstante, fueron los romanos los que a finales del Siglo III a. C. emplearon de forma sistemática los hornos para producir cal viva que, posteriormente, era apagada con agua y mezclada con arena, consiguiendo así morteros de

gran calidad (Adam, J-P, 1996). De la eficacia de este conglomerado dieron fe reconocidos autores clásicos como Catón que, hacia 160 A.C., en su tratado sobre la agricultura describió de forma detallada la construcción de un horno y la cocción de la cal; y Vitruvio, quien desarrolló ampliamente en sus *Diez Libros de Arquitectura* las recetas para elaborar morteros. Llama la atención que, en términos generales, los métodos de producción expuestos por estos escritores de la Antigüedad coinciden con los practicados por los caleros santaneros, lo que vincula a este municipio con una larga tradición artesana. También es interesante comprobar que los hornos de cal de la localidad son singulares instalaciones serranas cuya semejanza con otras estructuras localizadas por todo el Mediterráneo es admirable. La producción de cal en Santa Ana es, por tanto, heredera y exponente singular de esta longeva tradición mediterránea.

Aunque los orígenes de la actividad en el municipio no son claros, pues las fuentes bibliográficas son escasas y tardías, algunos datos indirectos, tales como el empleo de morteros de cal en la arquitectura tradicional y en la propia iglesia parroquial que data de 1755, hacen presuponer que los inicios de la actividad se remonten al menos al siglo XVIII. Tan longeva tradición sitúa a la actividad calera en una sociedad tradicional cuya existencia se apoyaba en la extracción y transformación de los recursos naturales presentes en su entorno. En este modo de vida campesino, el medio ambiente circundante constituía la principal fuente de abastecimiento de energía, alimentos y materias primas indispensable para asegurar la continuidad de la comunidad. La propia actividad dependía también de recursos autóctonos (carbonato cálcico, leña y matorral), funcionando como una singular adaptación sostenible a las condiciones ambientales del entorno, ya que contribuía a la regeneración del monte, al desarrollo de actividades agropecuarias y forestales, reduciendo considerablemente el riesgo de incendios. Además, la elaboración de cal viva y argamasa contribuyó decisivamente a dibujar en la arquitectura de toda la comarca un estilo particular, conformando un ecosistema urbano singular que hoy calificamos como vernáculo, ya que el uso generalizado de este conglomerado en las viviendas impuso por toda la zona técnicas constructivas similares.

El despegue de la minería en la provincia de Huelva en la década de los cuarenta del siglo XX supuso una transformación de la actividad calera, la cual pasó de ser una base económica residual a una fuente de ingresos fundamental de amplios sectores

1. El autor ha realizado el informe para la inscripción de los hornos de cal en el Catálogo General del Patrimonio Histórico de Andalucía, así como un estudio encargado por la Delegación Provincial de Cultura de Huelva en el que se proponen una serie de medidas para la puesta en valor del patrimonio industrial santanero, entre las que destacan la restauración de algunas instalaciones y la creación de un itinerario cultural denominado "la Ruta de la Cal".

de la población santanera. La demanda de cal viva se incrementó espectacularmente para la ejecución de instalaciones y poblados mineros, alcanzándose niveles productivos desconocidos hasta entonces y modificando radicalmente el sistema productivo (innovaciones tecnológicas, comercialización, transporte, comunicaciones, etc.) hacia formas puramente capitalistas. Gracias a este despegue, durante dos décadas la cal mitigó la pobreza en el pueblo, convirtiéndose en uno de sus principales rasgos definitorios en la comarca y en toda la provincia. Los humos expelidos por los hornos, el estruendo de las voladuras, el sonido repetitivo de marras y barrenas en las *pedreras*, el ir y venir de los burros con sus cargas de leña, el olor de las ollas en torno a los hornos, la entrada y salida de camiones cargados de cal viva..., todo, en suma, estaba presidido por un ambiente de actividad que marcaba el ritmo cotidiano y la imagen de este pueblo calero.

No obstante, el auge fue efímero. En veinte años, la producción declinó rápidamente y a fines de los sesenta pocos hornos estaban en funcionamiento en el pueblo. Tres factores fundamentales explican esta crisis terminal: en primer lugar, la crisis generalizada de la minería en toda la provincia; en segundo lugar, la irrupción del cemento industrial como aglomerante más económico y menos laborioso en su ejecución que la argamasa; y, por último, el mantenimiento de un tipo de horno artesanal incapaz de competir con otros industriales más eficientes que se iban instalando en otras localidades.

Esta combinación de factores negativos se tradujo a lo largo de los setenta en la desaparición fulminante de una actividad tradicional anclada en la historia local. Las biografías de los caleros recogidas durante la investigación muestran el drama personal de muchos de ellos que asistieron al fin de su oficio, sin encontrar actividades económicas alternativas que pudieran suplirlo. La consecuencia fue el éxodo de la mayoría, que se vieron obligados a abandonar el pueblo emigrando en las décadas de los sesenta y setenta a Cataluña y Europa occidental sobre todo.

Hoy los retornados no miran con nostalgia aquellos años de hornadas. Aunque son conscientes de que la actividad trajo una relativa prosperidad al pueblo y una imagen que los identificaba en contraste con otras localidades más centradas en el sector primario, sólo recuerdan los duros días de trabajo extrayendo piedra, recogiendo leña, montando y caldeando los hornos por unas pocas pesetas que apenas alcanzaban para cubrir las necesidades más inmediatas. Sin embargo, la declaración institucional

de los mismos como bienes culturales y el proyecto de patrimonialización impulsado por la Asociación Cultural Valle de Santa Ana está suponiendo un paulatino cambio de mentalidad en la sociedad santanera, que comienza a contemplarlos como huellas de la historia local y símbolos colectivos.

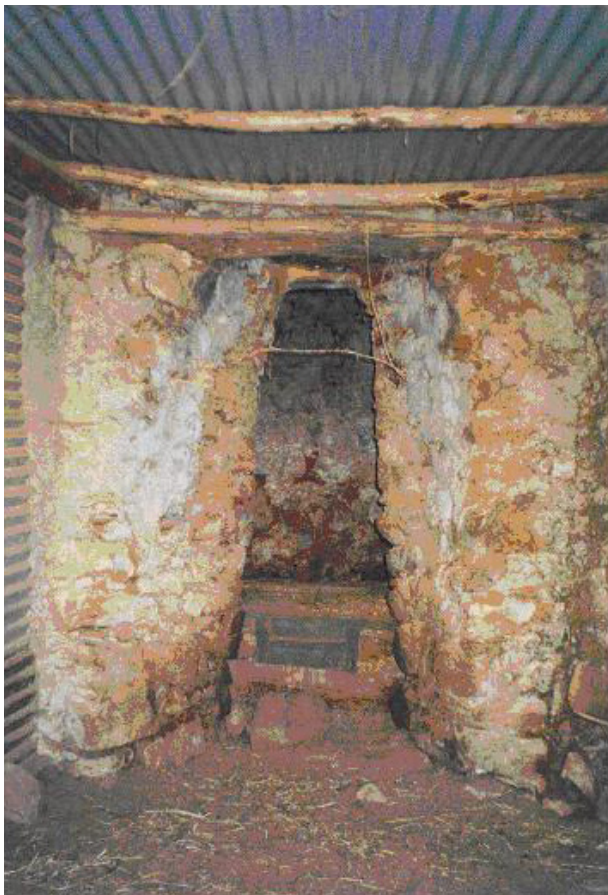
Etnografía de la actividad calera.

Tipología de los hornos

Los hornos de cal se dividen en dos grandes tipos: artesanales e industriales. Los primeros se caracterizan por un sistema de producción basado en el trabajo manual y en técnicas heredadas de la tradición; y los industriales por su capacidad para producir cal viva de forma continua y masiva. Los artesanales a su vez se subdividen en hornos de cepas o de llama corta y hornos de llama larga; por su parte, los industriales pueden ser verticales, horizontales o rotatorios y de corrientes paralelas (Martín Sisí, M et al, 1998). En el siguiente cuadro se muestra



Horno de Santiago.



Tasquí (Horno de Pepe).

la clasificación de los distintos tipos de hornos de producción de cal viva.

En Santa Ana la Real ha predominado el empleo del tipo de llama larga y marginalmente el horno de cepas, del que sólo existen las ruinas de una instalación; por ello, centraremos la atención en los primeros. A diferencia de los hornos industriales, el sistema de producción de los de llama larga era discontinuo y su capacidad productiva muy inferior. Mientras que los industriales alcanzan entre seiscientos y mil toneladas de cal viva por jornada de trabajo, los de llama larga de Santa Ana la Real apenas superaban las treinta toneladas por hornada, y cada una de estas exigía varios días de trabajo. No obstante, el impacto medioambiental de estos últimos era mínimo, pues sólo empleaban leña como combustible, lo que favorecía la regeneración del monte, frente al alto impacto de los industriales, los cuales se alimentan con gas natural, fuel oil, carbón coque o petrocoque molidos.

Los hornos de llama larga son así denominados porque el combustible utilizado debe ser de pequeñas dimensiones y muy seco para producir un calor intenso de llamas copiosas (Adam, J-P, 1996). En el término municipal encontramos quince destacados

exponentes, de los que sólo algunos se encuentran en aceptable estado, pero la falta de uso supone un importante riesgo para su conservación. Aunque varían en sus dimensiones, las características estructurales son semejantes. Todos son construcciones de planta circular, cuya estructura adquiere la forma de una torre troncocónica truncada y hueca en su interior, respondiendo casi miméticamente a un modelo tradicional que tiene su origen en la Antigüedad clásica, como prueba la obra de Catón.

Estas factorías son instalaciones permanentes construidas con mampuestos de piedra refractaria muy resistentes a las altas temperaturas. Su estructura es poco compleja, pues consta de unos pocos componentes básicos. El exterior lo forman tres partes básicas: una abertura a nivel del suelo, llamada localmente *tasquí*, desde la que se introducían los materiales que se iban a cocer; un hueco (*bordo*) situado en la parte superior, que posteriormente era cubierto con piedra caliza; y, por último, dos contrafuertes exteriores, llamados *brazos del horno*, que aseguraban la estabilidad de la instalación. El interior se dividía también en tres elementos fundamentales: en la parte inferior se situaba la caldera, donde se introducía el combustible que cocería a la piedra; encima la cámara de caldeo, alrededor de la cual el calero componía una estructura de piedra caliza formando una estancia abovedada; y bajo tierra el fogón, que comunicaba con el exterior mediante un conducto subterráneo que garantizaba la ventilación y una adecuada combustión.

Estas instalaciones tradicionales se localizan en pleno espacio serrano coexistiendo con la vegetación autóctona (encinas, alcornoques, castaños, quejigos y matorral mediterráneo), las fincas de ganado porcino, lievas, eras, molinos, caminos empedrados y casas de labor, conformando un conjunto singular en la comarca: un paisaje cultural muy atractivo donde se integran armónicamente las actividades antrópicas con el medio natural.

La cultura del trabajo hornero

La actividad calera comprendía una serie de tareas específicas que se desarrollaban a lo largo de todo el ciclo anual. Son ocho las fases del proceso productivo: recolección y transporte del combustible; extracción, troceado y transporte de la caliza; preparación del horno; carga de la piedra; calcinación; apagado; y elaboración de morteros de cal. Este conjunto de saberes acumulados durante siglos constituía una rica cultura del trabajo.

Aunque no contamos aquí con espacio suficiente para la descripción pormenorizada de todas las fases, cabría señalar que cada una de ellas exigía unos saberes técnicos específicos, lo que convertía al calero en un verdadero especialista con amplios y diversos conocimientos. En primer lugar, era un experto conocedor del medio natural, pues sabía bien donde abundaba la leña y las tareas de desbroce del monte, de carga y de transporte del combustible. Al mismo tiempo, contaba con conocimientos geológicos para localizar las canteras (*pedreras*), y dominaba las técnicas aplicadas por los canteros para extraer la mejor piedra caliza. Era también un albañil cualificado pues, en las operaciones de carga, debía construir una falsa bóveda de piedra caliza en el interior del horno, lo que suponía una labor de mampostería muy especializada pues, sin usar ningún tipo de conglomerado, debía calzar y apuntalar las piedras dejando una cavidad interior bajo la cual se situaban la caldera y el fogón. El oficio exigía, además, capacitación para controlar el proceso de calcinación de la piedra, así como habilidades para aplicar las técnicas de apagado y elaboración de morteros. Todo este conjunto de saberes y de competencias técnicas se transmitía generacionalmente por tradición oral.

La abundancia de caleros y de personal auxiliar dedicado a la actividad dotó al municipio de una impronta particular que se apreciaba en un tipo de relaciones y prácticas sociales peculiares que estaban modeladas por el trabajo hornero, las cuales diferenciaban al municipio de un entorno comarcal centrado en actividades agropecuarias.

Un Patrimonio Etnológico en peligro

Como resultado de la desaparición del oficio, los hornos de cal se encuentran mayoritariamente en un lamentable estado de abandono. La propia estabilidad de algunos está seriamente amenazada: en unos se aprecia el desprendimiento de mampuestos de los muros interiores, que pueden observarse en el suelo de la caldera; en otros, las grietas presentes en la fachada son signos de una evidente ruina; y casi todos carecen de elementos sustentantes, tales como las vigas de la entrada. En su mayoría, las instalaciones aparecen cubiertas de matorral y vegetación serrana, hasta el punto de que el acceso a los mismos es, a veces, impracticable; a menudo, junto al matorral, se han depositado basuras, electrodomésticos en desuso y desperdicios que se acumulan paulatinamente, ya que nadie se ocupa de retirarlos.

En ocasiones, los hornos se han transformado en pequeños almacenes, cobertizos y cuadras, para lo que se han ejecutado pavimentos, improvisado chapas metálicas, añadido puertas e incluso adosado nuevas dependencias que desnaturalizan la estructura original y, a veces, la ocultan totalmente.

Si continúa dicho estado de desidia y abandono, estos bienes inmuebles industriales de valor etnográfico corren el riesgo de desaparición fulminante. Y esto tiene importantes consecuencias culturales, pues la extinción definitiva de los hornos marcaría un último jalón en la historia de este oficio tradicional, que se materializaría en la pérdida de la memoria y de una de las señas de identidad más relevantes de Santa Ana la Real. La iniciativa patrimonializadora emprendida por la Asociación Cultural Valle de Santa Ana y el reconocimiento institucional (Ayuntamiento y Junta de Andalucía) suponen unos primeros pasos positivos que pueden resultar en vano si no se acometen con celeridad trabajos de restauración y un efectivo mantenimiento posterior.

De forma paralela, corre la misma suerte la memoria de los conocimientos técnicos, a pesar de haber constituido un oficio tan característico de esta comunidad serrana. Los viejos caleros atesoran un saber acumulado que, por la desaparición del trabajo, no se ha transmitido a las siguientes generaciones. Los jóvenes del pueblo desconocen el oficio ante la generalización del cemento, al tiempo que van adoptando un estilo de vida urbano centrado en otras actividades. Los rápidos cambios se traducen en una especie de amnesia colectiva, pues las prácticas culturales y las actividades tradicionales no sólo son desconocidas, sino incluso poco valoradas por las nuevas generaciones. La consecuencia de todo ello es que la memoria de este oficio puede pasar al olvido con los últimos caleros: auténticos Tesoros Humanos Vivos, pues son los herederos sin descendencia de unos conocimientos que están en trance de desaparición².

La dinámica generada por el proceso de patrimonialización puede frenar la tendencia al olvido y el deterioro de las instalaciones, siempre y cuando se

2. La UNESCO ha acuñado la noción de Tesoros Humanos Vivos para referirse a los "individuos que poseen en sumo grado las habilidades y técnicas necesarias para producir determinados elementos de la vida cultural de un pueblo y mantener la existencia de su patrimonio cultural material... En consecuencia, la preservación de estos bienes culturales intangibles implica la preservación y transmisión de las destrezas y las técnicas necesarias para realizarlos. Esto sólo puede llevarse a cabo otorgando un reconocimiento especial a quienes poseen estas destrezas y técnicas en grado máximo" (<http://portal.unesco.org/culture/es>).

lleve a efecto una acción de tutela pública que asegure la preservación de la memoria histórica y los saberes de este tradicional oficio, así como la conservación de los testimonios tangibles y la difusión de la actividad, haciendo uso de las nuevas técnicas de interpretación y exposición.

Del olvido al patrimonio.

El significado colectivo de los hornos ha evolucionado desde que funcionaban como instalaciones productivas a la actualidad. Mientras estuvieron en producción fueron considerados medios con un evidente valor de uso; posteriormente, con la crisis de la actividad, pasaron a ser estructuras anacrónicas a las que no se concedía ningún valor o un uso marginal como contenedores; en el momento presente, iniciado el proceso de patrimonialización, los hornos se están transformando en símbolos locales del pasado con una clara proyección de futuro, porque están adquiriendo un nuevo valor de uso como elementos idóneos para promover el desarrollo del turismo rural. En definitiva, de sector fundamental de la economía local, la actividad comienza a convertirse en un símbolo representativo tras varias décadas de olvido.

El caso ilustra una de las paradojas y uno de los aspectos más significativos de nuestro tiempo: la práctica consistente en atribuir nuevos valores y usos a objetos materiales y a actividades procedentes del pasado que fueron creados para funciones diferentes. Al transformar a los hornos y al oficio calero en patrimonio cultural asistimos al cambio de su significado como símbolos colectivos y al de su uso como instrumentos para la atracción de turistas y la dinamización económica. Pero esta evolución del significado y de los usos no es casual, sino que responde a un proceso de selección promovido por sectores concretos de la sociedad local que persiguen elevar la actividad hornera a la categoría de patrimonio cultural, lo que supone una positiva contribución al conocimiento de la historia local, así como al reforzamiento de la identificación colectiva del vecindario con su municipio. Este cambio semántico es, por consiguiente, una acción promovida por sujetos reflexivos de la localidad, organizados en la Asociación Cultural Valle de Santa Ana, que persigue el desarrollo de una conciencia colectiva local para así poder demandar a las administraciones la restauración de las instalaciones, la recuperación de la cultura del trabajo calera y la implementación de nuevos proyectos de dinamización económica que

relacionen al patrimonio industrial con el desarrollo del turismo rural.

El proceso que se está viviendo en Santa Ana la Real ilustra y confirma el carácter construido que tiene todo patrimonio y subraya, una vez más, que los elementos definidos como patrimonio no tienen un valor en sí mismo, sino que son determinados sectores sociales (expertos, técnicos, entidades sociales, etc.) los que en momentos históricos concretos activan su valor, transformándolos en bienes que simbolizan una determinada idea o concepto (identidad, historia, tradición, belleza...). Este nuevo valor simbólico atribuido a la actividad hornera y asumido crecientemente por la población es el que transforma las huellas materiales y la memoria del oficio en Patrimonio Cultural.

Activado el valor patrimonial de la actividad, la lectura de la historia reciente sufre un proceso de reelaboración. Los hornos son los restos de unas actividades desaparecidas, pero que forman parte de un pasado muy reciente presente en la memoria de muchos de los vecinos, especialmente de los mayores. Pero, hasta hace pocos años, este pasado cercano era percibido como un tiempo de carencias y penalidades, por lo que, de acuerdo con esta interpretación de la historia, la ruina de los hornos y la pérdida del oficio no producían ninguna conmoción en la localidad, hasta el extremo de que eran los propios protagonistas de la historia, esto es los caleros, los que renegaban de su memoria. Hoy la interpretación de la historia ha cambiado pues, una vez transformada la actividad en patrimonio cultural, se resaltan los años de hornadas, se ensalzan a los caleros como hombres esforzados que encarnan el carácter luchador atribuido a todos los santaneros y se destaca que la actividad ha singularizado históricamente al municipio en su entorno comarcal. En consecuencia, se promueve la restauración de los hornos, porque las instalaciones son interpretadas como elementos simbólicos que conectan el pasado con el presente y dan sentido de continuidad histórica a la población, así como la recuperación de la memoria del oficio, porque éste representa un marcador de la identidad y la diferencia.

El patrimonio del futuro. Nuevos usos, nuevas oportunidades.

Lejos de constituir una carga a los presupuestos públicos, el patrimonio institucional y socialmente reconocido puede convertirse en un instrumento de dinamización socioeconómica de primer orden. Ello

exige, no obstante, la aplicación de un programa de protección integral que active patrimonialmente al oficio calero para transformarlo en un relevante símbolo de la identificación del vecindario con su pueblo y, simultáneamente, promueva acciones concretas orientadas a su rentabilización social y económica. La reapropiación colectiva de los hornos, de su memoria y de su uso, puede contribuir así tanto a reforzar la autoestima local como a convencer al vecindario de las potencialidades reales que posee este patrimonio. En esta línea, el proyecto de protección integral tendría que dotar de nuevos usos económicos, sociales y simbólicos a estos bienes del pasado que sirvan para proyectar el futuro de la localidad.

Son muchas las posibilidades de dinamización que nacen con el reconocimiento social e institucional de los hornos y el oficio calero. La actividad económica que mejor puede contribuir a rentabilizar el valor patrimonial es el turismo rural, el cual se ha convertido en los últimos años en un pujante sector en todo el Parque Natural de la Sierra de Aracena y Picos de Aroche. No obstante, en contraste con otros municipios vecinos, en Santa Ana la Real no se explotan suficientemente sus potencialidades, a pesar de disponer de elementos muy sugestivos para los turistas que visitan la sierra atraídos por la naturaleza, la historia y el patrimonio.

El municipio cuenta con recursos turísticos que comparte con la mayoría de los pueblos de la sierra, a saber: un armónico conjunto urbano y un entorno rural mediterráneo de gran interés ambiental y antrópico. Además de ello, en el término municipal encontramos la mayor concentración de hornos de cal de toda la comarca, lo que representa una clara particularidad local. Esta singularidad es una oportunidad para promover una oferta turística diferenciada en el entorno del Parque Natural, que actúe como un incentivo añadido para atraer visitantes, lo que a su vez puede desencadenar una espiral de actividades dinamizadoras de la economía local.

Una iniciativa interesante podría ser la aplicación de un programa de difusión del patrimonio que muestre y explique en un centro de interpretación local y en los propios hornos el legado cultural que representa esta actividad. Se trataría de hacer inteligible este patrimonio a los vecinos y a los turistas, haciendo uso de técnicas de comunicación (recursos visuales y sensoriales) que faciliten el conocimiento de la historia de la actividad, sus valores culturales, y despierten la conciencia de la importancia de su protección para beneficio de toda la sociedad (Martín, M. et al 1996). De modo complementario al centro de interpretación, podría diseñarse un itinerario por las veredas rurales

que sirva para conducir a turistas y residentes a los emplazamientos concretos de los hornos, y por extensión al término municipal. Esta “ruta de la cal” contribuiría a poner en valor de forma integral los demás elementos que componen el patrimonio de la localidad, así como a la recuperación y mejora de las vías pecuarias, muros y tapias, porteras, lievas, casas de labor y todo el entorno natural de Santa Ana la Real.

Además de estos usos divulgativos del patrimonio en relación con el turismo, que convierten a los hornos en instalaciones museísticas en las que se reconstruye la memoria, existen otras iniciativas complementarias que supondrían no sólo la restauración de las instalaciones, sino su puesta en funcionamiento para la producción de cal viva de cara a la rehabilitación de edificios concretos de acuerdo con los tipos arquitectónicos tradicionales. Esta recuperación de la función productiva de la actividad también se vincula directamente con el desarrollo del turismo rural, ya que uno de los atractivos turísticos fundamentales de la sierra es la arquitectura tradicional, la cual responde a patrones constructivos similares en toda la comarca. Como se ha indicado, la argamasa o mortero de cal producido en Santa Ana ha contribuido históricamente a la conformación de la arquitectura serrana, lo que puede apreciarse en las edificaciones más antiguas de los núcleos de población, las iglesias y las obras públicas, así como en las casas de labor y en algunas infraestructuras tradicionales asociadas a sistemas de riego tradicionales, tales como lievas, partidores o albercas, y en los muros o *cercados* de las veredas y caminos. Sin embargo, la arquitectura tradicional es cada día más excepcional al imponerse nuevas técnicas y materiales que modifican los sistemas constructivos vernáculos, lo que asemeja el caserío tradicional a tipos homogéneos cada día más extendidos. La rehabilitación y puesta en funcionamiento de algunos hornos de cal podría contribuir a la restauración del patrimonio arquitectónico serrano. Esta operación supondría la mejora y recuperación del paisaje urbano, al tiempo que promovería la formación de jóvenes gracias a la creación de escuelas taller o casas de oficios en el municipio.

De ponerse en práctica, este conjunto de actuaciones y otras iniciativas similares contribuirían a transformar el patrimonio industrial y etnológico hornero en un patrimonio vivo: un recurso dinamizador de la actividad económica y social que, además, fomentaría en la población local el conocimiento y la valoración de un pasado que entronca con el presente. Se conseguiría así activar este patrimonio, más que como vestigio histórico, como memoria viva del pasado.

Bibliografía

- ADAM, Jean-Pierre. *La construcción romana, materiales y técnicas*. León: Editorial de los Oficios, 1996.
- CATÓN, Marco Porcio. “De forma calcaria”. *De Agricultura*. (Original 175-149 A.C.), Leipzig: Teubner, 1982.
- DIDEROT, Denis y D’Alembert. *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*. Vol. II. París. 1751-1780. Impresión en facsímil. Stuttgart Friedrich Frommann (Günther Holzboog) 1966-1997.
- GARATE ROJAS, Ignacio. *Artes de la cal*. León: Editorial de los Oficios, 1982
- FAJARDO, Antonio y Tarín, A. “El patrimonio en la Sierra de Huelva: un recurso amenazado a corto plazo”. *XIV Jornadas del Patrimonio de la Comarca de la Sierra*. Huelva: Diputación Provincial, 1999.
- HERNÁNDEZ RAMÍREZ, Javier. *Inscripción en el Catálogo General del Patrimonio Histórico andaluz de los hornos de cal de Santa Ana la Real (Huelva)*. Servicio de Protección del patrimonio histórico. Dirección general de bienes culturales. Consejería de cultura. Junta de Andalucía. (Sin publicar, 2004).
- “El patrimonio en movimiento. Sociedad, memoria y patrimonialismo”, en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, tomo XLIX, México, 2003.
- MARTÍN, M. y J. Rodríguez. *Difusión del Patrimonio histórico*. Consejería de Cultura. Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico. 1996
- MARTÍN SISÍ, M., F. Azconegui, O. García. *Guía Práctica de la Cal y el Estuco*. León: Editorial de los Oficios, 1998.
- MONESMA, Eugenio. “El Horno de Cal”. *Oficios Perdidos V. Labores tradicionales*. Vídeo. Ed. Pyrene P.V. para T.V. 26’. 1999.
- “La Piedra de Cal”. *Oficios Perdidos V. Manos Artesanas*. Vídeo. Ed. Pyrene P.V. para T.V. 24’, 1999.
- ROSELLÓ, V, Madrazo, J, Lazcano, M. y Márquez, M. “Santa Ana la Real. Viario tradicional: cien años de cartografía”. *XIV Jornadas del Patrimonio de la Comarca de la Sierra*. Huelva: Diputación Provincial, 1999.
- UNESCO. <http://portal.unesco.org/culture/es>
- VITRUVIO POLIÓN, Marco. *Los Diez Libros de Arquitectura*. Barcelona: Akal, 1992.
- ZAPATA SANTOS, Raquel. *El Valle de Santa Ana. La lucha por su independencia*. Sevilla: Caja San Fernando, 2002.